

SÉPTIMO TRIMESTRE. 22 de febrero 1839.

CAPILLADA 120. (68 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis antiflogisticus dixerit
in hac Fr. Gerundii patria bene-
dicta non apretare unumquem-
que quantum apretare potest,
anathema sit.*

Si algun antiflogístico dijere que
en esta bendita patria de Fr. Ge-
rudio no aprieta cada hermano
lo mas que apretar puede, le aprie-
to yo á él el pasapan.

CONC. 4. GER. CAN. 16.

LAS APRETURAS.

Prieto me debe unos cuartos,

y yo se los debo á Prieto;

y Prieto me aprieta á mi,

y yo aprieto aprieto á Prieto.

El evangelio es este cantar. Y sino mienta el
adagio que dice; «quanto mas bobo mas aprie-
ta,» los españoles debemos ser las criaturas mas

bobas del mundo, porque aquí en España, aunque somos así tan á la buena de Dios, á lo bobo á lo bobo cada uno aprieta lo mas que puede. No es extraño, porque con dificultad habrá en el dia en parte alguna mas Prietos que en esta patria de Fr. Gerundio. Cada español es un Prieto que aprieta y un Prieto que á su vez es apretado; porque cada español está debiendo unos cuartos, y á cada español le están debiendo unos cuartos tambien; y como cada bobo aprieta á otro bobo, resulta que entre bobos anda el juego. ¿Pero qué clase de bobos, señores? El que mas y el que menos es como aquel á quien preguntaban; «¿qué haces, bobo?» Y respondia: «bobéo; asiento lo que me deben y borro lo que debo.»

El primer bobo de esta gran Coria con quien tropiezo yo Fr. Gerundio, es el gobierno, que es el Prieto general de estas apreturas, porque á todo el mundo está debiendo unos cuartos; y como tal, es tambien á quien mas se aprieta; pero él, como bobo, tampoco se descuida en apretar, y hace bien, porque sino aprieta tampoco puede aflojar, y todos desean que apriete, para que despues afloje. Aprieta pues á los intendentes, que son los segundones de la familia de los Prietos; los intendentes aprietan á los pueblos; los cesantes, viudas, y demas clases

apretadas aprietan á los intendentes; estos aprietan á su vez al gobierno; y como todos aprietan á lo bobo, borrando lo que deben y asentando lo que les deben, se arman unas apreturas que es una diversion y un contento.

Pero aun no pára aqui la divertimenta. Prieto el casero debe unos cuartos á Prieto el comerciante: Prieto el comerciante aprieta por ellos á Prieto el casero; Prieto el casero aprieta á Prieto el inquilino, que es un empleado á quien debe el gobierno veinte meses: este aprieta al gobierno por los atrasos de su sueldo: el gobierno aprieta al comerciante por los atrasos de la contribucion del subsidio: y aprieta mauco, que te pilla un cojo, y aprieta cojo, que te pilla un sano, con lo cual, y con apretar. Fr. Gerundio á todo el mundo para que cada uno pague los cuartos que debe, estamos que no nos falta mas que sarna que rascar.

Y todo esto proviene de una Prieta no mas, que siempre ha de haber una *ella* que tiene la culpa de todo. De la negra necesidad que aprieta á todos. Y ahora conozco yo porqué á la necesidad la llaman *negra*, y es sin duda porque prieto viene á ser lo mismo que negro. Por lo cual en lo sucesivo no se deberá llamar la *negra* necesidad, sino *mi Sra. doña Prieta*.

Hay sin embargo en la clase de varones unos

:

Prietos que merecen singular mención, porque aprietan tan desapiadadamente que parecen los corsés de las autoridades de provincia. Estos son los generales. El general Prieto oficia á un gefe-intendente, que sin demora, sin pretesto, sin excusa alguna ponga á su disposición cuantos fondos obren en su poder. El ministro Prieto oficia al mismo gefe político que bajo ninguna excusa, bajo ningún pretesto, bajo ninguna consideración distraiga los fondos del ramo. El gefe apretado oficia al general Prieto que no puede complacerle en virtud de lo que el gobierno le ordena. El general Prieto oficia al gefe que las atenciones de la división que manda son las primeras, y que así le remita inmediatamente los fondos sin darle lugar á que envíe una escolta por los fondos y por él á un tiempo. El gefe apretado oficia al gobierno consultando lo que ha de hacer en tal apretura. El gobierno apretante oficia al gefe apretado que bajo su responsabilidad personal se atenga á lo preceptuado en la primera orden que le apretó, y detras del oficio le aprieta una letra sobre los fondos pagadera á la vista. El gefe apretado traslada al general Prieto la real orden. El general Prieto contesta al gefe apretado que se atenga al artículo quinto de su bando vigente,

y que si el otro tiene una orden del gobierno, él tiene soldados que comen y bayonetas que pinchan, y que *necessitas caragis legis*. El gefe apretado vuelve á esponer al ministro apretante su apretada situacion. El ministro apretante contesta al gefe apretado que ha visto con desagrado su flojedad en sostener las disposiciones del gobierno, y que bajo la responsabilidad de su destino y su persona cumpla lo mandado y se atenga á lo prevenido. El general Prieto por otro lado le manda una atenta orden compuesta de 50 lanzas sobre 120 herraduras á fin de ayudarle á dar cumplimiento al artículo quinto de su bando. El gefe apretado lo sabe, y salta y se planta en Madrid á contárselo al ministro Prieto. El ministro Prieto lo sabe, y pasa un recado de atencion en papel membrete al gefe apretado diciéndole que en atencion á haber salido de la provincia sin su licencia, se ha servido S. M. disponer cese desde aquel dia en el mando político de ella.

De modo que el gobierno y los generales son unos Prietos que aprietan cada uno por su lado por unos mismos cuartos, y el pobre á quien aprietan no pudiendo resistir tantas apreturas, tiene que saltar como al juego de saltar la pulga, y el salto de la pulga es quedarse sin des-

tino por no haber podido aflojar cuartos á dos Prietos á un tiempo. ¡O dichosa patria gerundiana! donde quien mas aprieta mas manda, y quien menos manda mas aprieta: donde el gobierno aprieta á los que no aflojan y es flojo con los que aprietan.

¿Quién gobierna esto?

—Don Prieto.

—Pues á apretar me meto:

LOS PENDIENTES.

¿Tirabeque?—Señor.—¿Ha venido alguien mientras he estado fuera?—Sí señor, aquí ha estado un pendiente.—¡Un pendiente! Vaya, ya te entiendo. Eso quiere decir que habrá estado el Sr. Lujan, que es el único que trae pendiente de los que sospecho que puedan haber venido. Pero amigo, te vas haciendo tan metonímico en tu language que es menester discurrir para entenderte.—Pues ahora no me ha entendido vd., Señor. No es el Sr. Lujan el que ha venido, sino un pendiente de la disolución, que trahía alzacuello.—¡Un pendiente de la disolución que trahía alzacuello! Amigo, se necesita ser toda una inteligencia de primera suerte para comprender tus circumlocuciones. Aunque me volviera un Donoso Cortés, me parece que no te entenderia. Te vas haciendo demasiado hidrodinámico, hombre.—Pues voy á hablarle á vd. sin intemperie ninguna, Señor. Quien estuvo fué un cura.—¿Y á un cura le llamas un pendiente, lego estrafalario!?—Si

señor, porque lo es; es un pendiente de la disolución. Y á todos los curas los llamo yo ahora los pendientes de la disolución.—¿Y de dónde sacas tu esa nomenclatura?—De que es así. Por que si no hay disolución están perdidos: como que en la disolución consiste el que ellos tengan que comer ó se mueran de hambre.

Grandemente, hombre. Precisamente es todo al revés de como tú piensas. La suerte de los clérigos pende de la buena moral. La conservación de ésta y de los principios de la verdadera religion es lo que puede hacer que los clérigos sean respetados y atendidos como lo merece la clase á que pertenecen y la dignidad que representan, mucho mas si ellos por su parte observan la pureza de costumbres y el comportamiento en lo religioso y lo político que su estado les prescribe, y la religion y la sociedad les demandan: de cuya inobservancia es verdad que hay mas de un ejemplo que lamentar. Pero en fin esto no es para esta ocasion. Lo que quiero decirte es que nada les puede perjudicar tanto como la disolución; lo mismo la disolución suya que la disolución ó relacion pública.—Lo que yo le digo á vd., mi amo, es que si no hay disolución, los curas van á perecer; y que no voy errado yo en llamarles los pendientes de la disolución.—Entendámonos, Pelegrin: ¿de qué disolución hablas tú? Porque podrá ser que sea una disolución peculiar tuya.—Válgame Dios, Señor, y con qué malas entendederas se ha levantado vd. hoy! Hablo de la disolución de las Córtes, que si no se disuelven luego, y se reunen pronto otras,

los curas se van á quedar este año *aspergis meis hisopum et mundano*. Porque diezmo no le tienen ya por el año presente, otra contribucion con que mantenerles no puede echar el gobierno sin la autoridad de las Córtes.—Autorizacion se dice, Pelegrin.

Y confiésote para tu satisfaccion que es una de las pocas veces que has dado en el hito de la dificultad. Porque efectivamente la suerte del clero y conservacion del culto penden de la contribucion que se destine en subrogacion del diezmo para atender y subvenir á tan sagrados objetos, y de consiguiente de lo que acuerden en este interesante punto las Córtes futuras, y por consecuencia, de la disolucion de las presentes. En ese sentido no ibas desacertado en llamar á los eclesiásticos pendientes de la disolucion. Pero has usado unos rodeos, hombre.... A no ser, Pelegrin, que el gobierno piense en convocar de nuevo estas mismas cortes....—Ah, no señor, eso no; á las córtes estas ya las podemos echar tambien el *aspergis miquis*.—Tal creo, Pelegrin; y por lo mismo juzgo tambien que el gobierno está, sino resuelto, á lo menos inclinado á decretar luego la disolucion de estas y convocacion de otras.—¿Sabe vd., Señor, lo que me parece á mi que convendria hacer para que no se les olvidára á los ministros la suerte del clero? Ya que confiesa vd. que los curas deben llamarse pendientes, debia colgárseles á las orejas dos pendientes de estos. Y si escogiamos por pendientes, por ejemplo á D. Juan Nicasio Gallego y al esclaustrado D. Manuel de Vinuesa, que bien conocidos son los dos

por pendientes de tomo y lomo, paréceme á mi que no habian de tardar los ministros en disolver á trueque de que no les disolvieran á ellos las orejas tan buenos pendientes.—¡Qué cosas tan originales tienes, Pelegrin! Creo que no habrá necesidad de eso, porque entiendo que el gobierno se hará cargo de la suerte de tus pendientes.—Veremos, señor; yo tambien quedo colgado como un pendiente de lo que vea que va haciendo el gobierno.

LA COMEDIA DE AFICIONADOS.

Me convidaron, con que fui. El epígrafe está diciendo dónde; á una comedia de aficionados. No diré el sitio, porque altas razones de diplomacia gerundiana me aconsejan guardar silencio acerca del lugar: el *silentium loci* le respeto yo mucho. Pero sí diré que se entraba al teatro por un callejon largo y estrecho como el diputado Salamanca, oscuro y sospechoso como la marcha del ministerio. El que mas he visto que se le parecía en Madrid es el que va á las tribunas reservadas de las Córtes, tirando por la derecha luego que se sube al primer piso. Uno y otro parecen dos abusos de las vias legales. Pasado el callejon me hallé en un patio (porque es de advertir que el coliséo está en piso bajo al nivel de la calle), en el cual habia un pozo con su gran brocal, su polea, garrucha, ó troclea, como llaman los fisicos, y en el lienzo de enfrente una escalera como de patíbulo, ó bien como las de los campanarios de las aldeas; pero bastante baja; se podia saltar tan facilmente como las escalas de los empleos. No sé si provendria de este

patio el llamar antiguamente á los coliséos corrales de comedias.

Entré en el teatro, y quiso la fortuna que llegase cuando ya se habia empezado la representacion; y esto y el ver todos los espectadores sentados, me hizo conocer lo que aquello era; que á no haber sido así, hubiéralo tenido por hermita. Y no puede menos que lo fuera en sus tiempos, porque ademas de ser la forma y vidrios de las ventanas propios de un templo, una cosa que habia á la parte de atrás que llamaban el palco, es un verdadero coro. Si le hubiesen puesto un rótulo que dijese *hic est chorus* como el que hay en el de la iglesia matriz de Villavicencio de los Caballeros (pueblo de Castilla la Vieja, en que yo he tenido algunas semanas santas) nadie hubiera dudado de que allí encontraria el facistol. Algunos facistoles habia en él aquella noche, pero eran de otra clase; no contenian el oficio divino. Y si las comedias modernas tuviesen su parte de coro como las del tiempo de Aristófanes, aquel sitio, de ley, tenia que ser para los cantantes.

Como llegué un poco tarde á la representacion, tuve que preguntar qué comedia era la que se estaba haciendo, y dijéronme que era *Incertidumbre y amor*. ¡Majadero de mí! que debí haberlo conocido sin necesidad de preguntar, y sin mas que ver al galan, porque galan de mas incertidumbre no podria hallarse: como que debió hacerse, ó la incertidumbre para él, ó él para la incertidumbre, ó el uno para el otro. La dama que hacía de Isabel se puede decir que no era dama, sino que de la nieve

que cayó un mes hace habian hecho los muchachos una pella de figura humana á la cual se habia encontrado medio de hacer pronunciar sonidos articulados como á la cabeza de metal de Alberto el Grande. La tal Isabel no podia inspirar ni incertidumbre ni amor, sino frio. Dichoso el que en el verano tenga cerca de sí á aquella Isabel, que no necesita mas frescos; pero ha de ser representando, que de otro modo podrá ser que acaso no enfrie.

La otra dama que hacia de Luisa ya tenia otro acento, otra animacion y otra *sentimentalidad*. Pero como el color de su tez y formas de su rostro imitasen á tarde nublada, y ella saliese toda de negro paseando sola á lo lejos y huyendo de las gentes, parecia una conspiracion de paséo; Espartero la hubiera denunciado por club: á Martinez de la Rosa le hubiera dado susto creyéndola fantasma, y á Walter Scott le hubiera servido de tipo para una novela titulada *La dama negra, ó Luisa y los misterios*. Sin embargo en honor de la verdad no desempeñó mal su papel: otras Luisas peores he visto.

A pesar de todo, mientras el telon estaba levantado estaba uno distraido, porque todo distrahe en este mundo sabiendo sacar partido de ello. Pero los entreactos.....!!! ¡Ay qué entreactos aquellos! El intervalo que ha estado corrido el telon desde la toma de Peñacerrada en el teatro de la guerra, me parecia corto todavía en paralelo de los intermedios de este otro teatro. Yo ya unas veces sospechaba si la compañía habria sido suspendida, otras si habria

sido disuelta: en cuyo punto opinaba lo mismo que en el de las córtes, por la disolucion; porque á compañías que *representan mal*, sea pueblos, sea papeles, lo mejor es disolverlas. Cuando ya habia pasado un gran rato, solia oir dentro del escenario golpes de martillo: cualquiera creería que estaban clavando algo allá dentro, y lo que clavaban era mi corazon. En aquellos entreactos medité yo esta capillada. Ellos se tienen la culpa; que no me hubiesen dejado tanto lugar á la meditacion.

Al fin levantóse otra vez el telon, y dieron principio á la representacion de la pieza titulada *La familia del Boticario*. Desdichado el boticario que tenga una familia como aquella. Es como si tuviese una botica compuesta toda de emplastos. Bien que él tampoco se merecia otra cosa. Figú ense vds. que por todo aparato farmacéutico presentó al público en lugar de mesa-mostrador un bufete de escribir; sobre la mesa un gran quinqué, dentro de cuyo tubo se veía arder una vela de sebo que en lugar de aceite y mecha le habían acomodado. Asi es que cuando la madre de la niña decia que se alegraba de haber tenido á su hija en un colegio, porque aquellas señoras eran muy severas en punto á moral, decia yo: serán, no lo dudo, en punto á moral; pero en punto á luces yo apuesto á que nadie os gana á vosotros á seberos, porque no solamente es de sebo el alumbrado del teatro, sino que hasta dentro de un quinqué meteis una vela de sebo, que es todo lo sebero que se puede ser. Tres botes habia tambien sobre la mesa, que mas que botes parecian

tarros de betun de botas de los que acostumbra á traherme Tirabeque. ¿Qué les costaria haber llevado allí unas redomas? De qué llenarlas para que aparentasen no faltaba, teniendo tan bonita proporcion con el pozo del patio. ¿No les sirve á otros boticarios el agua del pozo, sin que sea en comedia, y la hacen pasar por cocimientos de cualquier yerba ó raiz? Sino que aquel boticario ni aun siquiera sabia los principios generales del oficio (1).

La familia del boticario pues, quedó estropeada y para no prestar. ¿Qué quieren vds.! Hay familias desgraciadas. Yo no hacia mas que esclamar: «¡pobre familia! De esta hecha quedas perdida.» Así es que si estuviesen ahora las Córtes reunidas, yo mismo, Fr. Gerundio, les dirigiria una peticion para que á los decretos de 1.^o y 8 de febrero por los que se conceden pensiones y se manda atender á las familias de los desgraciados Escalera, Canterac,

(1) El propio era este farmacéutico para analizar los ingredientes de los dulces ó pastillas que tan fatal efecto hicieron en las dos jóvenes de que hablé en mi capillada 117, de las cuales una parece que ha muerto; víctima inocente, quiza de una seducción virtuosamente resistida. Por desgracia no es el solo ejemplar que tengo noticia ha habido este año de semejantes inicuos medios ó de seducción ó de venganza empleados por hombres corrompidos y brutalmente apasionados. Sé de mas de dos jóvenes cuya muerte se atribuye á haber tomado incautamente esa clase de pastillas de mano de hombres que se mostraban furiosamente apasionados suyos: y no puedo menos de llamar seriamente la atencion de las autoridades á fin de que vean de evitar por cuantos medios les sea posible la repeticion de estos actos de inmoralidad, cuya reproduccion sabe Dios á dónde nos podria conducir.

San-Just, Quesada y Donadío, se añadiese.....
una familia mas..... la familia de un botica-
rio que ha quedado perdida á manos de unos
aficionados.

EL LLANTO DEL SERAFIN.

Yo el anjel mas doble
del célico coro,
yo el duro cual roble,
yo el bravo cual toro,
y el tieso, el inmoble;
caí....! ¡Oh desdoro!
Mi llanto es innoble...
¡innoble, y yo lloro!
Llorad mi castigo,
ánjeles, conmigo.

CORO DE ÁNGELES.

Lloremos todos hoy al Serafin,
llórele Tirabeque el Benjamin.

TIRABEQUE.

Yo lo siento, yo lo siento,
sin poderlo remediar:
mas no puedo, mas no puedo,
mas no puedo yo llorar.

EL SERAFIN.

¡Ay! quién lo diría,
 que yo el angelote,
 que en el mediodia
 jugué al estricote
 con cuanto podia
 como un Lanzarote,
 y todo lo hacia
 por mi capirote.....
 ¡quién ora creyera
 que así yo me viera!

CORO DE ÁNGELES.

Quítate, Fr. Gerundio, el peluquin,
 y con nosotros llora al Serafin.

FR. GERUNDIO.

Bien quisiera, bien quisiera
 llanto amargo yo verter;
 mas no puedo, mas no puedo
 yo la risa contener.

EL SERAFIN.

Yo el gran Faetonte
 del hético cielo,
 yo que á su horizonte

serví de escabelo;
 yo el gran Aqueronte,
 yo el Nino, yo el Belo,
 yo el rinoceronte
 de todo aquel suelo.....
 ¡yo ahora caído!
 postrado, abatido.....!

CORO DE ÁNGELES.

Lloremos todos hoy al Serafin,
 ángeles, potestades y querubes;
 lágrimas de dolor lluevan las nubes,
 lloren las nubes hoy al Serafin.

CORO DE ARCÁNGELES.

Lloremos todos hoy al Serafin,
 llórenle las virtudes y las tronos,
 llorémosle, y arréglenos los tonos
 Tirabeque tocando su clarín.

TIRABEQUE.

Trá, tráá, tráá, trá, trá, trá..... (1).

(1) El serafin del llanto y el clarín era D. SERAFIN
 Maria de Soto, conde de Clonard.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.